

Alexander von Humboldt

 **RESUMEN**

Este es un fragmento extraído del capítulo I Los bosques de la quina en el Libro VII La meseta de Cajamarca. Antigua residencia del Inca Atahualpa. Específicamente, es el último libro que integra la obra Cuadros de la naturaleza que fue traducido del francés al español en 1856 bajo la supervisión del propio Humboldt. En este acápite, el Barón habla de los páramos andinos tropicales, de antigüedades peruanas, valle del alto Marañón y del río Amazonas. También, y es en lo que se centran estas páginas, de la ciudad de Cajamarca y su cobijo a Atahualpa en sus últimos días. Este fragmento se presenta con ortografía actualizada porque así está en la obra que fue consultada.

Palabras clave: Alexander von Humboldt, Cajamarca, Atahualpa, muerte, leyendas.

 **ABSTRACT**

This is a fragment extracted from Chapter I The forests of the cinchona in Book VII The plateau of Cajamarca. Former residence of the Inca Atahualpa. Specifically, it is the last book of the work Cuadros de la naturaleza, which was translated from French into Spanish in 1856 under the supervision of Humboldt himself. In this section, the Baron speaks of the tropical Andean moors, Peruvian antiquities, the upper Marañón Valley and the Amazon River. Also, and this is the focus of these pages, the city of Cajamarca and its shelter for Atahualpa in his last days. This fragment is presented with updated spelling because it is so in the work that was consulted.

Keywords: Alexander von Humboldt, Cajamarca, Atahualpa, death, legends.



El camino estrecho que lleva de Micuipampa a la antigua ciudad de los incas, Cajamarca, es difícil hasta para los mulos. Durante 5 o 6 horas, el camino nos presentó una serie de páramos en los cuales hay constante exposición a tempestades violentas y a granizadas angulosas que azotan en especial la cumbre de los Andes. Mantiénesse el camino casi constantemente a una altura de 2.924 a 3.248 metros. Este trayecto me dio ocasión para una observación magnética de interés general para la ciencia. He determinado el punto en que la inclinación de la aguja imantada pasa del norte al sur, o sea, el lugar en que el viajero corta el ecuador magnético.

Una vez recorridas todas estas soledades, y llegando al páramo de Yanaguanga, es grande el espectáculo que seduce y encanta la vista al descansar sobre el fértil valle de Cajamarca. Por él serpentea un arroyo y forma una meseta oval de 12 a 15 leguas cuadradas, semejante a la de Bogotá, que como ella, probablemente era en otro tiempo el lecho de un mar interior. Solo falta aquí el mito del taumaturgo Botschica o Idacanzas, gran sacerdote de Iraca que dio a las aguas salida a través de las peñas de Tequedama. Está situada la ciudad de Cajamarca encima de Sana Fe de Bogotá, casi a igual altura que Quito pero, abrigada por las rocas que la rodean, ofrece un clima más agradable y benigno. El suelo, de fertilidad maravillosa, se ve cubierto de campos cultivados y de jardines que atraviesan alamedas de sauces, de daturas, que ostentan grandes flores rojas, blancas y amarillas, de mimosa y de quinar, hermosos árboles de la familia de las rosáceas descritos con el nombre de *Polylepis villosa*, y que se mezclan con la alchemilla y la sanguisorba. El trigo da por término medio en la pampa de Cajamarca 15 o 20 veces la semilla. En ocasiones, sin embargo, las heladas producidas por la irradiación del calor hacia un cielo sereno en las capas secas y enrarecidas de la atmósfera, y que los habitantes no llegan a sentir en sus casas, destruyen durante la noche estas esperanzas de una rica cosecha. Pequeñas cúpulas de pórfido, que probablemente fueron islas en otra época, antes de vaciarse las aguas del lago se elevan en la parte septentrional de la llanura atravesando extensas capas de arenisca. Gozamos de un espectáculo en extremo agradable desde la cumbre de una de estas cúpulas porfídicas, en el cerro de Santa Polonia. Por este lado, la antigua

residencia del inca Atahualpa se hallaba rodeada de huertas de frutales y de campos de alfalfa (*Medicago sativa*) regados a manera de prados. A lo lejos se divisan las columnas de humo que se desprenden de los baños calientes de Pultamarca, llamados todavía Baños del Inca. He observado que la temperatura de este manantial sulfuroso es de 55,2°. Atahualpa pasaba en Pultamarca una parte del año y algunos restos de su palacio salvados del furor de los conquistadores subsiste aún. El grande y profundo depósito (el tragadero) en el cual, según la tradición, se hundió una de las literas de oro del inca, que nunca se pudo encontrar después, me pareció, a juzgar por su forma regularmente circular, que había sido artificialmente labrado en la arenisca sobre uno de los edificios que dan paso a las aguas sulfurosas.

Poco se ha conservado también en la ciudad, adornada hoy por bellas iglesias, de la fortaleza y palacio de Atahualpa. La destrucción se aceleró por el ardor imprudente con que los avarientos conquistadores removieron las paredes y cimientos de todas las habitaciones para desenterrar tesoros que suponían profundamente escondidos. Estaba el palacio del inca construido sobre una colina de pórfido, que había sido en un principio cortada y ahuecada en la superficie, esto es, en la extremidad de los bancos de piedra, de tal suerte que la habitación principal estaba rodeada de una muralla. Una parte de las ruinas ha servido de base a una cárcel y a "Casa del Cabildo". Frente al convento de San Francisco se han conservado mejor las ruinas, aunque no lleguen a más de 4 o 5 metros de altura. Están formadas de sillares cortados con regularidad y superpuestos, sin cimiento, unos a otros, del mismo modo que en la fortaleza del Cañar o Inca Pilca, en el elevado llano de Quito.

Existe en la roca de pórfido un pozo hecho de mano de hombres que conducía en otros tiempos a las salas subterráneas y a una galería que se dice comunicaba con otra eminencia porfídica, la colina de Santa Polonia, antes mencionada. Estas disposiciones, tomadas sin duda para asegurar la fuga en caso de peligro, atestiguan las inquietudes inspiradas por las eventualidades de la guerra. Era también entre los peruanos costumbre muy antigua y general la de enterrar objetos preciosos; todavía se ven



en Cajamarca salas subterráneas debajo de muchas habitaciones particulares.

Nos enseñaron escaleras talladas en la peña y lo que llaman “el Lavadero de los pies del Inca”. Una parte de las alas del palacio que, según la tradición servía para alojar a la servidumbre del inca, está hecha también de sillería y provista de paredes puntiagudas; otra se compone de ladrillos de forma regular, muros y obra de tapia. Presentan estos edificios huecos o nichos cuya antigüedad he puesto durante mucho tiempo en duda, reconociendo hoy que es completamente infundada tal sospecha.

Todavía se ve en la parte principal del palacio el cuarto en que estuvo el desdichado Atahualpa encerrado durante nueve meses, a contar desde noviembre de 1532. Enséñase también a los viajeros la pared en que hizo una señal para indicar la altura hasta la cual se comprometía a llenar de oro la habitación como precio de su rescate. Jerez en su Historia de la Conquista del Perú, que nos ha conservado Bárcia, Hernando Pizarro en sus cartas y otros escritores de la misma época, dan indicaciones poco concordantes. El infortunado príncipe declaró que los lingotes, platos y vasos llegarían donde tocara su mano. Jerez da 7 metros de altura al cuarto y 6 de ancho. Según Garcilaso de la Vega, que abandonó Perú en 1560, esto es, a los veinte años de edad, los tesoros traídos de los templos de Cuzco, Huaylas, Huamachuco y Pachacamac y llevados a Cajamarca, hasta el día fatal de 29 de agosto de 1533, en que fue el inca ejecutado, ascendía a la suma de 3.838.000 ducados de oro.

En la capilla de la prisión, construida como ya dije sobre las ruinas del palacio de los Incas, enseñan estremeciéndose los guías una piedra teñida por una mancha de sangre indeleble. Esta losa, muy delgada y de 4 metros de longitud, que procede probablemente de las masas de pórfido y traquita que abundan en los alrededores, está colocada delante del altar, sin que se permita tocarla para confirmar el aserto. Las 3 o 4 manchas a que se atribuye este origen maravilloso parecen ser agregaciones de anfíbol y de piroxeno naturalmente formadas en la piedra. El licenciado Fernando Montesinos, aun habiendo visitado Perú 100 años no más después de la toma de Cajamarca,

propaga ya tal fábula; cuenta que Atahualpa fue decapitado en la prisión y que la piedra sobre que tuvo lugar la ejecución ha conservado huellas de su sangre. Es lo cierto, según informes de gran número de testigos oculares, que no cabe dudar que el inca consintió, para no ser quemado vivo, en dejarse bautizar bajo el nombre de Juan de Atahualpa por su fanático y miserable perseguidor, el franciscano Vicente de Valverde. ¡Agarrotado es como realmente murió, y la ejecución tuvo lugar públicamente, a la faz del cielo! Existe además otra leyenda según la cual ha debido construirse una capilla sobre la piedra en que fue el inca agarrotado y que sirvió luego para cubrir su cadáver. Esta tradición no se preocupa en modo alguno de explicar las pretendidas manchas de sangre. Desgraciadamente, no es más exacto decir que el cuerpo haya reposado nunca en tal lugar. Después de una misa de difuntos y de solemnes funerales, a que los dos Pizarro asistieron en traje de duelo, fue llevado el cadáver al claustro del convento de San Francisco y más tarde a Quito, donde Atahualpa había nacido. Tenía expresado, en efecto, en el momento de su muerte, de una manera formal, el deseo de que sus restos fuesen trasladados a Quito. Por razones políticas su enemigo personal, el artificioso Rumiñavi, es decir, “el hombre del ojo de piedra”, así llamado por tener uno de los ojos desfigurado por una verruga, le hizo en Quito magníficas exequias.

Entre las tristes ruinas que recuerdan el pasado esplendor de los dominadores de Cajamarca, habitan aún algunos descendientes del último monarca y forman hoy la familia Astorpilco, cuyo jefe lleva el título de cacique o de curaca, en lengua quichua. Vive esta familia en mucha pobreza pero, contenta con poco, no se queja sino que muestra una resignación conmovedora a la desgracia que no ha merecido. Nadie duda en Cajamarca su origen de Atahualpa por las mujeres; sin embargo, indicios de barba revelan quizá alguna mezcla de sangre española. De los descendientes de Huayna Capac, algo libre pensador para hijo del Sol, los que le sucedieron antes de la llegada de los españoles no dejaron posteridad masculina alguna reconocida. Huascar, a quien tuvo prisionero Atahualpa en los llanos de Quipaypan, fue muerto secretamente de su orden. Tampoco se conocieron hijos varones a los otros dos hermanos de



Atahualpa, ni al joven e insignificante Toparca, a quien puso Pizarro sobre el trono de los incas en el otoño de 1533, ni a Manco-Capac, coronado también por los asesinos de su padre pero que, más emprendedor, se alzó contra ellos. Atahualpa dejó solo un hijo con el nombre de don Francisco que murió muy joven y una hija, doña Angelina la cual, aun viviendo en encarnizada guerra con Francisco Pizarro, dio a luz un niño, hijo del asesino y nieto de la víctima que, no obstante, fue objeto de una viva afección por parte de su padre. Además de la familia de Astorpilco, a la cual traté en Cajamarca, se tenía también en la época de mi viaje por enlazados con la dinastía de los incas a los carguaraicos y a los titu-Busca-mayta, pero la familia buscamayta no existe ya hoy.

El hijo del cacique Astorpilco, agradable muchacho de 17 años que me guiaba a través de las ruinas de su patria y del palacio de sus antepasados, había poblado su imaginación de seductoras imágenes, en medio de su extrema pobreza. Figurábase una grandiosa magnificencia y tesoros amontonados bajo los escombros que íbamos pisando; contaba cómo uno de sus antepasados había vendado a su mujer los ojos en otro tiempo y, después de hacerle dar mil rodeos por caminos labrados en la peña, la había conducido a los jardines subterráneos del inca. Vio allí árboles cubiertos de follaje y frutas y pájaros posados sobre sus ramas, todo ello hecho de oro purísimo y delicadamente trabajado; allí vio también una de las andas de oro de Atahualpa, objeto que tantas veces se buscó en vano. El marido prohibió a su mujer tocar nada porque el tiempo, anunciado ya de muy atrás, en que había de renacer el imperio, no había llegado aún y cualquiera que se apropiase alguna de aquellas obras maravillosas debía morir en la misma noche. Estos dorados sueños y fantasías de aquel joven descansaban en recuerdos y tradiciones de tiempos que pasaron. El lujo de los jardines o huertas de oro ha sido muchas veces descrito por testigos oculares, por Cieza de León, Sarmiento, Garcilaso y todos los primeros historiadores de la Conquista. Se hallaban estos jardines situados bajo el templo del Sol de Cuzco, en Cajamarca y en el gracioso valle de Yucay, sitio preferido de la familia reinante. En los jardines de oro que no estaban bajo tierra crecían plantas vivas al lado de plantas artificiales, entre las últimas, se citan los elevados tallos y las espigas de maíz como lo mejor imitado de la Naturaleza.

La enfermiza seguridad con que afirmaba el joven Astorpilco que bajo sus pies, y un poco a la derecha del sitio en que yo estaba, sobre el sepulcro del inca extendía sus ramas un datura de grandes flores o guanto artísticamente hecho de hilos y láminas de oro, me producía una triste y honda emoción. Allí, como donde quiera, son las ilusiones y los ensueños un consuelo felizmente imaginado para endulzar la desnudez y las miserias presentes. “¿Puesto que tú y tus parientes creéis tan firmemente en la existencia de tales jardines, no intentáis alguna vez —preguntaba yo al joven Astorpilco— buscar, desenterrando tesoros que tan próximos tenéis, un remedio a vuestra pobreza?” Fue tan sencilla la contestación del muchacho y expresaba tan bien la resignación tranquila, que es uno de los caracteres de su raza, que la puse en español en mi diario. “No nos da tal antojo; dice mi padre que fuese pecado. Si tuviéramos las ramas de oro con todos sus frutos de oro, nos aborrecerían los blancos nuestros vecinos y nos harían mal. Tenemos tierras y buen trigo”. No presumo desagradar a muchos de mis lectores recordando aquí las frases y sueños dorados del joven Astorpilco.

Esta creencia, tan esparcida entre los indígenas, de que sería cosa culpable y funesta para la raza toda el apoderarse de las riquezas ocultas que han podido pertenecer a los incas se enlaza con otra, dominante sobre todo en los siglos XVI y XVII, según la cual el imperio de los incas había de ser algún día restablecido. Toda nación oprimida espera siempre una emancipación, una vuelta al antiguo estado de cosas. La huida del inca Manco, hermano de Atahualpa, a los bosques de Vilcapampa, en la pendiente de las cordilleras orientales, y la permanencia en tales soledades de Sayri Tupac y del inca Tupac-Amaru, dejaron recuerdos, vivos todavía. Créase que algunos descendientes de la dinastía destronada se habían establecido entre las orillas del Apurímac y de Beni, o acaso más hacia el este, en la Guyana. El mito del Dorado y de la ciudad de oro de Manoa vino a confirmar aún más tales sueños, al extenderse sucesivamente en la dirección de oeste a este. La fantasía de Raleigh hubo de inflamarse tanto con esta sola garantía que organizó una expedición encaminada a conquistar la ciudad de oro imperial (imperial and golden city); establecer allí una guarnición de 3 o 4 mil ingleses e imponer al emperador de la Guyana que descendía,



según él, de Huayna Capac y desplegaba en su corte igual magnificencia que este, un tributo anual de 300.000 libras esterlinas, mediante lo que quedaría este príncipe repuesto sobre el trono de Cuzco y Cajamarca. Dondequiera que ha penetrado la lengua peruana, la esperanza de la restauración de los incas ha dejado huellas en la memoria de los indígenas que guardan algún recuerdo de su historia nacional.

FUENTE: Humboldt, A. de. (1856). Los bosques de la Quina. En Cuadros de la naturaleza. *LOS LIBROS DE LA CATARATA*.